

# POETAS CHILENOS

## Los versos viejos

POR ARTURO TORRES RIOSECO (1)

A JOSÉ JUAN TABLADA.

1

Te entregaré mi corazón inerte  
para que le des nuevo florecer;  
tú le conducirás hasta la muerte  
en tus ojos de blando amanecer.  
Mira que está trizado de amargura  
y que su ciencia es un llorar sin fin,  
mira que es fragilísima su hechura  
como una melodía de violín.  
Te lo entrego desnudo. Frente a frente  
venció a la vida y maniató a la suerte,  
tú le has de conducir devotamente  
hacia las playas grises de la muerte.

2

Alzar el puño y atacar de frente,  
vivir de prisa y ser sentimental,  
darse al amor y al mundo totalmente  
y cultivar la flor del ideal.  
Y cuando ya cansados de la gente,  
después de saborear el bien y el mal,  
volvamos al terruño humildemente  
tendremos una casa y un rosal.

3

Aquí en mi llano agreste  
siento mi altitud,  
vierto un licor celeste  
de recia juventud.  
En siglo veinte pleno  
me levantaré,  
firme, altivo, sereno,  
yo caminaré.  
Encenderé mi fuego.  
—Tú, hermano, lo ves,  
mi voz será de ruego  
y de Eclesiastés.  
Seré cantor de América,  
fuerte y vibrador,  
con emoción ibérica,  
nativo temblor.  
La espada de Rodrigo  
domadora en la lid,  
el gesto audaz, amigo  
de Atahualpa y del Cid.  
Beberé gota a gota,  
médula espinal,  
de este mi siglo idiota  
y sentimental.  
Rimaré en parla ruda  
y en copo sedar,  
sobre la esfinge muda  
me pondré a trovar.  
Seré diámetro lírico  
de la humanidad,  
en este siglo empírico  
de sabio y de abad.  
Y con vino latino  
me emborracharé,  
con chulo y asesino  
fraternizaré.  
De prostituta y monja  
haré mi verdad,  
mi corazón la esponja  
de la humanidad.  
Aquí en mi llano agreste  
siento mi altitud,  
vierto un licor celeste,  
recia juventud.

4

Mujer, la curva frágil de mi verso es un ala  
que bajo el oro lánguido de la tarde resbala  
por tu belleza altiva de corte parisino  
y que va hasta tu boca para aprender su trino.  
Mi verso se ha nutrido de tu clara belleza,  
tu cabellera loca, tu boca satiresa,  
tus ojos buscadores, tu vieja aristocracia  
le han dado la suprema majestad de su gracia.  
Pero esto me ha costado llanto de mar, amargo  
llanto que ha descendido como un arroyo largo,  
pena callada y firme que se aprieta en el pecho,  
mano crispada y comba que ha horadado mi lecho.  
Todo esto, y en las tardes las alas anhelantes  
se me tienden al lado de las aves errantes  
para seguir sin rumbo por el cielo celeste  
—oro y rosa—buscando... hacia el este... hacia el este.  
¡Oh, si yo te tuviera como tengo esta casa,  
este sol, estos libros, este río que pasa,  
como tengo mis sueños dolorosos y buenos,  
como tengo mis pájaros, como tengo mis henos!  
Si estuvieras tan cerca como están las estrellas,  
si otra vez escuchara las palabras aquellas  
que una noche de fiesta me dijera tu boca  
acaso floreciera de su fondo mi roca.  
Me pondría en los ojos toda tu cabellera  
para llenarme el alma de una gran primavera!  
Me darían sus fuegos tus pupilas hermosas  
para que todo el mundo se llenara de rosas.  
¡Oh, qué gran fiesta entonces! Venid doncellas griegas,  
con los muslos desnudos, venid niñitas ciegas  
a ver la luz de Mayo, abrid todo camino  
para que venga Cristo y el bufón y el pollino.  
Y en cambio, estar seguro de que nunca tu vida  
vibrará con la mía de amor estremecida,  
comprender que otros brazos tendrán los tuyos presos,  
saber que en otra boca se doblarán tus besos.  
Sol de Mayo en las eras... Sobre verde, en la huerta  
un petirrojo canta con la garganta abierta.

5

El corazón doliente de mi lira  
está enfermo de un dulce apetecer,  
quiere, para encenderse como pira  
unas manos ardientes de mujer.  
Corazón que se crispa y desespera  
en la sonrisa del amanecer,  
sería el leño grande de una hoguera  
acariciado en manos de mujer.  
Nudo apretado de emoción y llanto  
deshaciéndose en el atardecer,  
se trocaría en armonioso canto  
entre unas manos blandas de mujer.  
Se está muriendo de una inquietud fina  
y anda todo medroso del placer,  
como el cuerpo de una golondrina  
prisionera entre manos de mujer.  
Corazón que ha cuajado la amargura  
en un infatigable recoger,  
está, recién nacida criatura  
esperando dos manos de mujer.  
Ya este pavor se me hace más profundo,  
ya este vaso de amor se va a romper,  
yo ando loco buscando por el mundo  
unas manos ardientes de mujer.

Williamstown, Mass.—1919.

(Envío del Autor).

(1) Del señor Torres Rioseco tenemos en prensa un tomo de versos: *En el encantamiento*. Lo prologa el señor Brenes Mesén.